

escribir, cómo debo obrar, lo que debo hacer para procurar vuestra gloria, el bien de las almas y mi propia santificación. Amén.

## DISCURSO DE FÉLIX MUÑOZ

Hace ya casi diez años que conocí a quien desde entonces es una muy entrañable amiga: Carmen Fernández de la Cigüña. Coincidíamos en una recién creada universidad a la que, junto con otros muchos jóvenes nos acabábamos de incorporar como novales profesores, ella en Derecho y quien les habla en Economía. Recuerdo perfectamente cómo en una conversación de café nos sugirió a unos cuantos amigos que podíamos incorporarnos a las reuniones de Speiro. Movido por la curiosidad quien les habla interpeló a su amiga: “¿En qué consisten esas reuniones?” Pero las explicaciones recibidas no surtieron el efecto deseado: “En otra ocasión” fue la respuesta. No fue que Carmen no me explicase perfectamente lo que le preguntaba, simplemente tales reuniones “no entraban en mi horizonte existencial”.

Aquello quedó para mí olvidado. Al cabo de los años Carmen y Óscar, hoy su marido, a quien conocía de la Universidad Autónoma con anterioridad, se hicieron novios (no sé qué parte de responsabilidad se me puede imputar en ello) y claro, no es lo mismo proponer a un amigo asistir a las reuniones de Speiro que a su propio novio. Fue Óscar quien ¡por segunda vez en mi vida! me propuso ir “al menos para que le acompañase el primer día” a las reuniones de los jueves. Dos veces eran demasiada “insistencia”. ¿Qué podía uno perder por agradar a dos amigos?

En fin, ya ven, aquí nos encontramos hoy celebrando la festividad de San Fernando. Y la verdad, creo que mereció la pena.

¿Qué ha supuesto para mí la experiencia de Speiro?

Fundamentalmente formación.

Primero la formación política. Con los trabajos de los libros de Juan Antonio Widow y de Jean Ousset, principalmente, pero no únicamente, hemos aprendido de la mano de los maestros Andrés Gamba, Miguel Ayuso y Estanislao Cantero y de mi querido amigo Antonio Martín Puerta la génesis y la estructura íntima de

las ideologías, así como sus manifestaciones históricas. Éstas no son otra cosa que manifestaciones romas de la negación del principio de que el poder viene de Dios, así como de una visión, por lo demás falsa a la luz de la antropología, del hombre como ser cerrado en sí mismo.

Hemos profundizado también en la historia del pensamiento político en general, y del pensamiento político cristiano en particular, en ocasiones como crítica a las posiciones de la democracia cristiana, en otras atendiendo a los temas que la actualidad iba presentando. Pero se ha expuesto también esa parte del pensamiento hurtada, ideológicamente, al común de los españoles que es el pensamiento político español. Pensamiento que no adjetivo ni de cristiano ni de tradicionalista por dos razones: porque el pensamiento político sólo puede ser español si es cristiano, y porque sólo el pensamiento tradicional es genuinamente español. Este desconocimiento, de su propio pensamiento político es en parte responsabilidad de los españoles, habitualmente despegados de sus propias creaciones y en búsqueda de sucedáneos foráneos que le devuelvan una identidad como nación que no es la suya y que como consecuencia de esto provoca gran parte de las desgracias nacionales. Pero ese desconocimiento de la tradición es también responsabilidad nuestra: es parte de nuestra misión mantener viva la llama del pensamiento político español y de acrecentarlo.

Segundo la formación moral. Para los que hemos crecido y hemos sido educados en familias cristianas la necesidad de recibir este tipo de formación podría parecernos sorprendente: sería, como en el caso de las vacunas, una "dosis de refuerzo o de recuerdo". Pero no hemos de minusvalorar la formación moral, máxime en un mundo que, con la velocidad con que genera transformaciones en la ciencia y en la economía plantea constantemente nuevos y difíciles retos éticos, retos que sólo pueden enfrentarse con principios morales sólida y profundamente fundamentados y constantemente actualizados.

Tan sólo un ejemplo. ¿Quién en sus estudios de Derecho, Economía, Ciencias Naturales, etc., antes o después no se ha encontrado con el concepto de "bien común"? Incluso desde plan-

teamientos contrarios a los que defendemos se maneja esta idea "¿quién no va a querer el bien, además si éste es común?". Y sin embargo uno se encuentra que éste, el "bien común", si bien elevado al máximo rango como categoría fundamental en la expresión de la deontología profesional de turno no es sino fuente de controversia y equívocos en su interpretación. La paradoja se resuelve fácilmente cuando se examina qué se entiende exactamente por "bien común", pero entonces se aparece éste como un concepto difuso. No puede ser de otro modo cuando se trata de fundamentar ideológicamente este concepto clave en la vida social y política: previamente ha sido vaciado de su contenido y sentido más profundo.

Esta formación es esencial para el cristiano. Tanto en su vida hoy llamada privada como en su vida hoy llamada en sociedad, es decir, en su vida política. Pero también para quienes, como quien les habla, nos dedicamos a la investigación científica (y no sólo en ciencias sociales sino también en ciencias naturales!). Es un mito que hoy no se puede mantener que la ciencia es un discurso racional neutral, libre de valores. No es este el lugar para extenderse en la explicación de tan importante cuestión. Simplemente señalemos que es en el momento, instante y hora en que el científico erige las preguntas que según él merecen ser contestadas cuando su dinámica no sólo cognitiva sino también ética y social desempeñan un papel decisivo. Sirva como ejemplo en el caso de la economía el examen de cualquier cuestión, por prosaica que pueda parecernos, desde una perspectiva individualista u orientada por un concepto de "bien común laxo" o la misma cuestión examinada a la luz de una noción de "bien común" sustantivo. La racionalidad del discurso teórico-económico no cambia en cuanto tal, desde un punto de vista puramente lógico. Pero sí su alcance y significación en cuanto se construye sobre hipótesis completamente nuevas y más realistas. Para quien esté familiarizado con la literatura teórico-económica ésta se halla llena de ejemplos que podrían aducirse.

Podríamos también hablar de cómo la ordenación jerárquica de los fines de las personas, fruto de su dinámica, y por lo tanto de su formación moral es un principio básico de su acción per-

sonal y en cuanto que ésta es interactiva con la de los demás, también lo es de la acción social. No vamos a insistir por esta línea argumental. Tan sólo una cosa más. De todos los tipos de formación que son susceptibles de ser recibidos hay uno insustituible y fundamental: la formación que el ejemplo vital de las personas que uno va encontrando en su biografía proporciona. Lo más elevado que se puede decir de una persona es que es ejemplar. Y el peor pecado que se puede cometer, como Nuestro Señor Jesucristo nos advirtió, es escandalizar. Quizá a muchos compatriotas nuestros celebraciones como la de esta noche les pueda parecer motivo de escándalo, ¡allá ellos! Si algo se puede decir en justicia de las personas aquí reunidas es que son, en su vida familiar, profesional y política, ejemplares. Paradojas de nuestra Patria.

Concluyo. Las cosas no suelen sucedernos por casualidad. Sólo hay que estar atentos y ejercer, responsablemente, la libertad. Yo he sido un privilegiado por conocer hoy a tantos amigos. La primera vez, como en la maravillosa parábola del sembrador, la semilla cayó entre las zarzas. Muchas veces nuestro enemigo principal, no lo advertimos, es el mundo, el mundo que en su vorágine nos absorbe y no permite que le dediquemos a nuestra formación y a la de los demás el tiempo que tan magnífica tarea requiere. Pero gracias a Dios, en mi caso la segunda vez (¡y no siempre hay una segunda vez!), la constancia de unos pocos, con su ejemplo, comprendiendo perfectamente cuál es su misión en la sociedad y siendo fieles a ella, ha dado su fruto (aunque sea en mi caso muy modesto). Esta clarividencia en la misión que el cristiano ha de desempeñar en la sociedad y que no es otra que traer el reino de Dios a este mundo y esta fidelidad a la misma son virtudes propias del Santo que hoy celebramos. Los que nos han precedido y quienes nos preceden las han encarnado.

Nos queda a los más jóvenes asumirlas como propias. Speiro y la Ciudad Católica son medios insustituibles que gracias a la generosidad y abnegación de unas pocas (desgraciadamente pocas) personas se nos brindan sólo a cambio de que las aprovechemos para bien nuestro y de las personas que con nosotros viven en sociedad y para, no lo olvidemos, mayor gloria de Dios. Pero las fuerzas, si no vienen de lo Alto, son escasas.

Pidamos a San Fernando que interceda por nosotros y nos ayude siempre.

Muchas gracias, Carmen; muchas gracias, queridos amigos.

## DISCURSO DE ARMANDO MARCHANTE

Una vez más nos reunimos para celebrar la Festividad de San Fernando a cuya intercesión y ayuda nos venimos acogiendo año tras año. Conocemos perfectamente las excelsas virtudes del Santo rey que le llevaron a los altares y que han hecho de él un apoyo privilegiado para quienes nos preocupamos, como él hizo, por los derroteros que ha de seguir en España nuestra fe cristiana a través de los tiempos venideros. San Fernando reconquistó para la fe gran parte de nuestra Patria y para ello no sólo se valió de la espada sino preferentemente de su santidad de vida y de su preocupación por el mantenimiento en sus reinos de la Santa fe católica.

Han pasado muchos siglos y bueno será reflexionar aunque sea brevemente sobre la situación en que se encuentra nuestra fe católica en la España de hoy, en la sociedad en que vivimos. Para ello es conveniente desechar desde el principio dos posiciones que considero especialmente nocivas para nuestro objeto. Ya habréis comprendido que me refiero tanto a la posición que se puede definir como catastrofista como a un angélico optimismo que tanto daño ha hecho en otros tiempos.

Lo primero que debemos hacer es lanzar una mirada a nuestro alrededor y, sobre todo los que ya no somos jóvenes, comparar lo que oímos y vemos a diario en la vida religiosa, cultural, económica, política y social de nuestra nación con el recuerdo de la situación que existía en España hace ya varios lustros. Para que esta comparación sea adecuada hay que tener muy presente que las circunstancias han cambiado radicalmente y que estos cambios ni deben siempre interpretarse como retroceso ni se debe admitir que siempre constituyan un avance. Es evidente que vivimos en una España que ha sufrido una enorme transformación cuya primera consecuencia ha sido trastocar costumbres, actitudes y com-